

Sicco Mexicano.



EL LICENCIADO D. MARIANO VEYTIA.

en la siguiente endemoniada troya;
de ripio tiene mas de media arroba
y esto es que el zapatero se pulió.

Por procurar el sustento
en un zarzal me he metido
¡Ay de mí!
Un perdurable tormento
á conseguir he venido
hasta aquí.

Ya de los bailes reniego
y de los rotos calzados
que á fé mía,
es preferible el pasiego
á los ricos potentados.
¿Quién diría

que el ver mis votos cumplidos
me causaría dolor?
Sin embargo,
exhalo tristes gemidos
y es de luto y de terror
mi letargo.

IV.

LA INTERRUPCION DESAGRADABLE.

¿Se encuentra vd. con valor
para espetarnos entera
la elegía lastimera
del zapatero hablador?

Nos damos por satisfechos
con lo que lleva ya dicho,
y sepa vd., pobre bicho,
que nos deja muy mal trechos.

V.

LA CONDESCENDENCIA.

Pues señor, si vd. insiste,
aquí dará fin el canto,
que si no la risa, el llanto
ha de arrancar al mas triste.
Mas si alguien á esto resiste
porque de extremos no guste,
y llorar, reír le asuste,
mucho temo que algun cólico,
fiero presente diabólico,
las cuentas al vate ajuste.

México, enero 24 de 1844.—AGUSTIN A. FRANCO.

BIOGRAFIA MEXICANA.

EL LICENCIADO DON MARIANO VEYTIA.

VER cronista de un hombre que por su ingenio, por su saber ó sus virtudes, se ha hecho digno de ocupar una página en los anales políticos ó literarios de una nacion, es tarea, si bien un tanto penosa, útil también, y en extremo agradable; pero ¡cuánto sube de punto este contento, con qué facilidad corre la pluma, cuando al consignar en el papel los títulos que tiene á la gloria aquel cuya vida se escribe, recuerda el biógrafo que ambos son hijos de una misma patria! entonces el entusiasmo se aumenta, el raciocinio como que se suspende, y habla tan solo el corazón.

El amor propio, el orgullo, el espíritu de nacionalidad, acallan cualquier otro sentimiento y se enseñorean del escritor. Muy sencilla es la esplicacion de este fenómeno: cuando se recuerdan los hechos de un grande hombre extranjero, el interés que excita en nosotros es comun á la humanidad entera, y por consiguiente, es mas débil; pero cuando á su talento ó sus virtudes se añade la circunstancia de ser un compatriota, entonces el interés se concentra y puede llegar á ser un verdadero entusiasmo: entusiasmo proveniente de un noble orgullo, pues la gloria que resulta á la perso-

na de quien se escribe, juzgamos que refleja sobre nosotros, que nacimos en el mismo suelo, y que en cierta manera es cosa nuestra.

He aquí precisamente lo que sucede al que esto escribe. Admirador entusiasta de los grandes hombres de su pais, ardiendo en deseos de popularizar la memoria de algunos de ellos, ha escogido al laborioso y sábio historiador D. Mariano Veytia, poseido de un engreimiento sin ejemplo al bosquejar las principales circunstancias de la vida de este ilustre escritor, que tomó á su cargo la noble cuanto difícil empresa de rasgar el velo que ocultaba, tanto á propios como á estraños, los primeros y gloriosos tiempos de la nacion azteca.

La historia que escribió en efecto, basta sola para hacer su elogio: por ella se conoce al escritor; pero es indispensable conocer tambien al viagero, al abogado, al anticuario, y al padre de familia.

Nació, pues, el Lic. D. Mariano Veytia, en la ciudad de Puebla, á 16 de julio de 1718, y fué bautizado en la parroquia del Sagrario el 19 del propio mes de julio, por el prebendado de aquella Catedral, D. Antonio Salas Navarro, habiendo sido su padrino el capitan D. Sebastian Echeverría y Orcolaga.

Manifestó desde muy niño gran talento y singular aplicacion, en términos, de que á los quince años, es decir, el de 1733, recibió en la Universidad el grado de Bachiller en filosofia, despues de haber sustentado un lucido acto de dicha facultad, á que asistió la real Audiencia, honor que á muy pocos se dispensaba entonces. A los tres años se le confirió el mismo grado en derecho civil, previas diez lecciones sobre varias materias, por media hora, y un acto público de las doctrinas mas difíciles del derecho, que sustentó en el general de la Universidad, disfrutando en este el mismo honor que en el anterior.

Al año siguiente, es decir, en el de 1737, le fué dado caso para el exámen de abogado que sufrió en efecto, tan temprano, por habersele dispensado el tiempo que la ley exigia, por favor del virey. De suerte, que abogado á los diez y nueve años, se encontró entonces en aptitud de emprender otros estudios á que su inclinacion le llamaba, y libre absolutamente para hacer nuevas investigaciones y examinar nuevos objetos.

Contribuyó á esto muy eficazmente el encargo que su padre el Lic. D. José de Veytia, oidor decano de la Audiencia y primer superintendente de la casa de Moneda, le hizo luego que hubo concluido su carrera. Fué el de pa-

sar á Madrid á desempeñar muchos y complicados asuntos que tenia en la corte, con cuyo objeto le confirió un poder amplísimo. Para obsequiar la voluntad paterna, salió de México el 11 de abril de 1737, y el 10 de mayo del mismo año, de Veracruz, como consta de un diario de viage que llevó con la mayor exactitud, y del que conserva en su poder el primer tomo el Sr. D. Francisco Ortega, nuestro digno colaborador, á quien debemos los datos para esta biografía, pues casi nada se sabia de Veytia, hasta que dicho señor logró despues de laboriosas investigaciones, formar la noticia biográfica que colocó al frente de la edicion de la historia antigua de Veytia, que con notable aumento publicó el año de 36 (1).

El diario á que aludo, aunque manifiesta segun el Sr. Ortega, la poca edad del autor y haber sido hecho sin ninguna pretension literaria, con solo el fin de la particular instruccion, descubre sin embargo, un espíritu investigador y laborioso, seguro indicio de lo que Veytia fué mas adelante.

Un período de dos años es el que comprende el tomo de viages de que acabo de hacer mencion.—Desde abril de 1737 hasta marzo de 1739, en cuyo espacio recorrió España, Francia y Holanda, habiendo permanecido la mayor parte de este tiempo en la primera, por desempeñar los negocios que lo sacaron de su patria. Ni fueron estas las únicas partes que visitó, pues que concluidos los asuntos que le llevaron á la corte, tambien fueron objeto de sus investigaciones, Italia, Portugal, Inglaterra y Palestina, viajando siempre, no como el que hace por pura diversion y pasatiempo, sino como viaja el filósofo y el observador, estudiando la historia, las costumbres, los monumentos, cuanto habia de notable en cada pais, formando de todo ello curiosos y abundantes apuntes, en términos, que llegó á formar veinticuatro ó veinticinco tomos de á cuarto, cuyo paradero desgraciadamente se ignora.

Residió por algun tiempo en la isla de Mallorca bajo la direccion del gran maestro de la orden por haber sido novicio en ella; y si hemos de dar entera fe á una carta biográfica de un hijo suyo, combatió á los infieles en los tercios de los caballeros de San Juan. Dejó algun tiempo despues la cruz de dicha orden, para tomar la de Santiago, y se cruzó en efecto en el col-

[1] Dicha edicion que consta de tres tomos en 4.^o de buena impresion y papel, con un retrato del autor y algunas estampas, se encuentra en la calle de las Escuelas num. 2.

gio de niñas de Leganes de Madrid, el 29 de junio de 1742, habiendo profesado en el convento de San Agustin de la ciudad de Puebla, hasta el 19 de febrero de 68, por exigir la primera el celibato, ley poco conforme á sus miras futuras.

No se olvidó en este intervalo de su patria, pues que en todo él la visitó tres veces, hasta que muerto aquí su padre, y en España su primera esposa, vino á cuidar sus propios intereses. Se fijó en Puebla, donde casó por segunda vez con Doña Josefa de Aróstegui Sanchez de la Peña, dedicando desde entónces cuanto tiempo le dejaban libre la multitud de consultas que se le hacian como abogado, á poner en orden las numerosas apuntaciones y documentos que habia reunido, para poner por obra la grande empresa que tiempo habia meditaba—la historia antigua de México.

Grande fué el aprecio que se hizo en España y aun en Italia, de nuestro insigne compatriota. Prueba irrecusable de lo primero son las concesiones que le hizo el rey, así como la confianza que en varias ocasiones le manifestó (1), y de lo segundo una carta escrita desde Bolonia, en marzo de 778, por el célebre historiador mexicano, el famoso ex-jesuita D. Francisco Javier Clavijero, y que conserva autógrafa el Ilmo. Sr. Dr. D. Francisco Pablo Vazquez, obispo de la Puebla. En ella, que no copio por ser demasiado larga, dá cuenta Clavijero á Veytia de tener concluida su historia, y de haber sabido por el marqués de Moncada, que se ocupaba en un trabajo semejante, aunque no

(1) Consta del título de caballero espedido por el rey en Buen Retiro, á 23 de junio de 1742, que ya estaba nombrado en esa fecha corregidor de México, cargo que no llegó á desempeñar sin duda, como dice el Sr. Ortega, por la repugnancia que manifestaba á cuanto tendia á distraerle de sus ocupaciones literarias.—Otra manifestacion del aprecio y estima en que le tenia el rey, es el nombramiento que de él hizo para el exámen y entrega de las librerías de los Jesuitas que se adjudicaron al Seminario de San Juan, comision árdua y que desempeñó de la manera mas satisfactoria. Y por último, despues de haberle ofrecido repetidas veces los empleos mas honoríficos, y concedidole los mas raros privilegios, se cuenta que le regaló doce firmas en blanco para que á su satisfaccion las llenase. Este último rasgo por su misma magnitud debe dudarse, pues aunque, como juiciosamente nota el Sr. Ortega, estimaba en mucho Cárlos III á los literatos, no es cosa frecuente que los reyes dispensen tamaños favores, tanto mas, cuanto que para ello se necesita la autorizacion del ministro. Mas si fuere cierto el hecho, es único en su especie y manifiesta por parte del rey una munificencia sin ejemplo.

se manifiesta en esto bien instruido, pues entendia que Veytia trabajaba en la historia general de Nueva-España, cuando como él, solo escribia la antigua de México. Le excita tambien á que le comunique sus descubrimientos; mas segun se conjetura, no llegó la carta á su destino por suponerse haber muerto ya Veytia, ó si llegó, no tuvo de ella Clavijero contestacion alguna, porque á haberla tenido, hubiera sin duda colocado á Veytia en la lista de historiadores de México que colocó al principio de su obra.

Pero lo que mas confirma á mi juicio el alto concepto que se tenia en Madrid de Veytia, es la orden que se dió al virey D. Martin de Mayorga, para que recogiese de sus herederos cuantos manuscritos hubiese dejado relativos á la historia antigua de México, y aunque esto haya sido, como sospecha el Sr. Ortega, porque estuviere escribiendo por orden superior, esto mismo sirve de apoyo á lo que pienso, pues que no es creible se diera una comision tan árdua, sino á un sugeto que reuniera todas las dotes necesarias para tamaña empresa.

Sea como fuere, lo cierto es que la orden para la entrega de los papeles se espidió, y la viuda puso en manos del gobernador de Puebla, á presencia de un escribano, el 25 de agosto de 1780, varios manuscritos concernientes á la historia de México, entre los que se hacian notables—un tomo que llevaba por título: „Baluartes de México ó historia de las cuatro sagradas imágenes de Ntra. Señora, la historia de la fundacion de Puebla, y un mapa pintado de la antigua ciudad de México.

Ademas de la historia antigua, que es su principal obra, trabajó en otras varias, de no menor interés algunas. Tal es una historia eclesiástica, de la que conserva el Sr. Vazquez dos tomos (1) en borrador con llamadas, enmiendas, y entrerenglonaduras tan frecuentes y de letra tan mala, que, segun el mismo señor dice, no es fácil con tal confusion formar idea exacta de la obra, sino despues de un exámen muy minucioso y prolijo. Mas lo que puede suponerse por lo que de ella se entiende es, que varió el autor su plan reduciéndolo considerablemente, pues de historia eclesiástica pasó á escribir historia evangélica, que como lue-

(1) La carátula del primero dice así:—„Discursos académicos sobre la historia eclesiástica. Proferidos en la acadomia de los Curiosos, por D. Mariano Fernandez de Echeverría y Veytia, señor de la casa infanzona y solariega de Veytia, y caballero del orden de Santiago. Tom. 1.º en Madrid año de 1749.

go se advierte, es empresa mucho mas pequeña y sencilla que la primera. De esta historia evangélica posee dicho Sr. Vazquez un tomo escrito con bastante claridad y que comprende treinta y un discursos, precedidos de un preliminar sobre los cuatro Evangelios: el primero, *Sobre la concepcion en gracia de Maria Santísima*; y el último, *De la degollacion del Bautista, multiplicacion de los Panes, declaracion que con este motivo hizo Jesucristo de la institucion que iba á hacer de la Eucaristía, que no entendida por algunos de sus discipulos se separaron de su sagrada escuela.* Todos estos discursos tienen bastante mérito; y ademas de ellos hay otro tomo que comprende algunas otras piezas sobre diferentes asuntos (4). Como traductor merece tambien una especial mencion, pues que ha visto el Sr. Ortega una traduccion que hizo de las famosas Cartas Provinciales de Pascal, cuyo trabajo manifiesta no haber sido tan afecto á los padres Jesuitas como se le ha querido suponer.

Muy marcado se encuentra el gusto que tenia Veytia á las ocupaciones literarias, y mas particularmente á los estudios históricos, tanto en sus escritos originales, como en las compilaciones que frecuentemente formaba, pues que aun se conservaban el año de 36, y no sé si ahora sucederá lo mismo, entre los libros del difunto Sr. Maestrescuela, Dr. D. José Nicolás Maniau, cuatro tomos manuscritos de papeles curiosos, recogidos meramente unos, y traducidos otros por Veytia.

Pero una de las circunstancias que contribuyó mas notablemente á la perfeccion y tino con que escribió su historia, fué la amistad estrecha que durante su residencia en Madrid llevó con el célebre y desgraciado anticuario Boturini, de quien recibió, como él mismo dice, las primeras nociones de las antigüedades mexicanas.

(4) Son las siguientes:—Arenga que para la apertura de la academia de los Curiosos en Madrid hizo D. Mariano Fernandez de Echeverría y Veytia, el dia 7 de setiembre de 1747.

Oracion noneupatoria en la solemne dedicacion de la misma academia, bajo la proteccion de Maria Santísima de Guadalupe de México, hecha por D. Mariano Fernandez de Echeverría y Veytia, en 14 de diciembre de 1747.

Oracion panegírica hecha por el mismo en la propia academia á la Resurreccion de Ntro. Señor Jesucristo.

Disertacion sobre la mayor utilidad entre la jurisprudencia y la medicina.

Otra disertacion sobre qué sea mas poderoso para destruir la amistad, los honores ó las riquezas.

Cuando volvió á Puebla, donde su padre despues de haber renunciado la toga (5) y la superintendencia de la casa de Moneda, habia obtenido la dignidad de chantre en la iglesia Cathedral, se entregó con el mayor empeño á sus estudios favoritos, sirviéndole entónces mucho el abundante museo de Boturini, que pudo consultar á su arbitrio, y aunque no se sabe si esta facilidad le vino de haber reclamado al gobierno dicho museo, como albacea de Boturini, ó de las órdenes que dió el rey para que se le franqueasen las bibliotecas y se le ministrasen cuantos datos hubiese menester, es mas presumible lo segundo, tanto porque nadie ignora la resistencia que siempre opuso el gobierno á la devolucion del espresado museo, cuanto porque si se le hubiese entregado como albacea de Boturini, no hubieran estado sus restos en la secretaria del vireinato, de la que se pasaron despues al archivo general, y de este, al museo nacional.

Varias son las razones para sospechar fundadamente que en la entrega que la viuda de Veytia hizo de los papeles de su esposo, se comprendió el manuscrito original de su historia antigua de México, exijido probablemente por el gobierno, como directamente interesado en los trabajos históricos de Veytia.

Tres fueron los hijos que tuvo: Fr. Antonio María de S. José religioso carmelita, muy instruido y que obtuvo los primeros cargos de su orden: murió en Puebla el 25 de diciembre de 1827. El Lic. D. Mariano que murió de cura en Otumba en 24 de abril de 1793, y D. Rafael, que fué subdelegado de Chetla, y vino á morir no hace muchos años á esta capital. Dos hijos de este último viven aun, el Lic. D. Manuel Veytia residente en Atlixco y Doña Agustina en el convento de la Concepcion de esta ciudad.

No quiero dejar de hacer una mencion especial de dos sobrinos de nuestro autor, que se hicieron bastante célebres cada uno en su linea: fueron estos Sor Mariana de S. Juan Nepomuceno, fundadora del convento de religiosas capuchinas de Guadalupe, y D. Manuel Veytia que murió víctima de su entusiasmo por la causa de la libertad.

La primera que ya era religiosa capuchina de esta ciudad, estuvo luchando con todo género de obstáculos para llevar á cabo su proyecto de fundacion, desde 1773 hasta 1780. Despues de tan dilatado tiempo logró del rey

(5) Consta que le fué restituído el empleo de cédula por Real cédula de 7 de marzo de 1742, y que no llegó á tomar posesion de la chantría de Puebla.

que se espidiese la cédula de ereccion y se dió principio á la obra, en la que empleó tales diligencias y fué tal su empeño y constancia, que sin mas que dos reales con que se comenzó, vió concluida en poco mas de seis años la fábrica que tuvo de costo cerca de trescientos mil pesos.—El 15 de octubre de 1787 se abrió solememente y ella fué la primera abadesa.

D. Manuel, el segundo de los sobrinos de que hice mencion y sujeto de excelentes prendas, tenia una mediana subsistencia con el Fielato de S. Andrés Chalchicomula que desempeñaba, y una pequeña hacienda de labor. Atendida su poca ambicion esto le hubiera bastado para acabar tranquilamente sus ancianos dias, aunque era por otra parte digno de haber ocupado otros puestos; pero su ardiente amor á su patria, haciéndole poco precavido, le precipitó en el sepulcro. Ya de edad sexagenaria manifestaba un entusiasmo por la libertad, digno de un joven, y mantenía sin la debida cautela relaciones con algunos de los gefes principales de la revolucion.

Esta falta, que en su edad solo puede atribuirse al mismo ardor patriótico que lo animaba, fué la que dió motivo á que se le sorprendiera (por culpa de un joven segun se dice) con

armas y municiones que conducia á Tecamachaleo. Este hecho reputado por el gobierno como delito de lesa magestad tuvo el resultado que era de esperarse. El 16 de Julio 1816 fué fusilado en Puebla su patria. Dia de luto para sus amigos y la ciudad entera, de gloria para él, y que no puede olvidarse por los amantes de la libertad, cuando fué derramada en él la sangre de tan ilustre mártir!

Aunque no ha podido encontrarse ningun documento por el que pueda señalarse con exactitud la época de la muerte de Veytia, puede congeturarse sin embargo con algun fundamento, que acaecié el año de 1779.

He aqui cuanto podemos decir de la vida y obras de tan ilustre escritor. Estamos convencidos de no haber llenado dignamente la tarea que nos impusimos y para la que se necesitaria otra pluma; sin embargo, tenemos la satisfaccion de haber hecho cuanto ha estado de nuestra parte por hablar de una manera digna, de un hombre que como Veytia consumió su vida en servicio de la patria, siendo su mas bello ornamento, y dejando un ejemplo que mas que otro ninguno deberia tener numerosos imitadores.

Enero de 1844.—M. ESTEVA Y ULÍBARRI.

GALERIA ZOOLOGICA.

EL MONO DIPLOMATICO.

Le plus sot animal, á mon avis, c'est l'homme.

BOILEAU.

ANSADOS de arrastrar á duras penas nuestros esféricos pensamientos por la vida social, por la existencia fastuosa ó miserable, independiente ó esclava de los seres que, á no sé quien, pero sin duda por ironía, se le ocurrió llamar *racionales*, y por demas fatigados y mohinos de vagar, cual mayorazgos de casas ricas ó solariegas, viciosos y mal entretenidos, por este laberinto de entes que apellidan *sociedad*, solemos á veces levantar el espíritu á las regiones superiores de la naturaleza vegetal ó

animal: y digo superiores, porque si bien se hallan en ellas de Pascuas á Corpus Christi, algunos vegetales ó animales nocivos, hállase tambien en recompensa un número exorbitante mayor de benéficos; en tanto que, para tropezar con tal cual unidad de este último género entre los humanos, si cierto es que allá en tiempos antiguos y mejores, hubo un ciudadano Diógenes que encendiera, aunque estérilmente, una célebre linterna que arrepentido apagó tal vez mas que de paso, ya en el ilustra-

do siglo que alcanzamos, no brota un solo tono que para aquel objeto se tome la molestia de encender ni un fósforo, magüer que estén tirados por las calles, y que no haya fumador, desde el que gasta frazada con agujeros, hasta el que usa *palotet-sac* con bordados y alamares, que no vaya provisto *ad usum suimetip-sius* de un par de cajetillas por lo ménos.

Pero dejando á un lado este punto de *luciferes*, porque apesta á demonio ó á infierno desde una legua, volveré á anudar el *mecate* de mi rota narracion, para deciros cómo en cierta noche, en que absorbido en mis meditacion-nes zoológicas, discutia yo en los vacios aposentos de mi cerebro si el *mono*, por ejemplo, era la transicion del hombre á los brutos, ó *el hombre* la transicion de los brutos á los monos, acerté á atravesar la calle de San Francisco, cual el burro de la flauta, por acaso; y cómo á la sazón sonara una no muy armoniosa dentro de un zaguan, cuya puerta cubria una cortinilla interior, hube de acercarme á saber lo que fuese el motivo de aquella singular música: sali-óme al encuentro un histrion, que alargándome afablemente la mano, mas no para saludarme como creí al principio, sino para exigirme politicamente el *por cuanto vos contribuisteis con la limosna de un real*, díjome enseñarse allí al generoso público mexicano por tan módico estipendio, un admirable é inteligente mono tirador de pistola, que habia no sin fundamento llamado la atencion de las cortes europeas, y hecho sobre todo las delicias del rey ciudadano Luis Felipe, quien en un raptó de entusiasmo le habia concedido *brevét* para ejercer esclusivamente por diez años en los dominios franceses, su honrosa y graciosa profesion. Esto, en mi humilde concepto, parecióme perjudicar al progreso de la civilizacion entre los monos, puesto que por favorecer á uno, impedía á los demas el ejercicio y mejora de un arte provechoso, y me demostró tal vez con hartó triste evidencia, que los mismos monos no piensan en Economía politica tan ranciamente como los hombres, incluso los del Siglo XIX, y que acaso por esta sola razon no sería tan absurdo pensar que fuese el hombre la *transicion* de los brutos á los monos.

A fin de corroborar mas mi idea, porque á veces yo tambien suelo tener ideas, satisface el prefijado contingente, entré y dije para mi sa-yo: ¡Feliz quien por tan poco dinero puede, abismándose en el mundo zoológico, sustraerse á la sociedad! Ni paré las mientes en la que al rededor mio miraba atentamente al hábil mono; sino que de las agudezas de este, pa-

sé por una metamórfosis natural y muy característica de mi imaginacion, á fingirme una nacion de monos y á creerme en medio de ella; pasé, en una palabra, del individuo á la especie. Con monerías y agasajo recibíome la mónica sociedad, pero sin echarme en cara, como escritores de otros países, la hospitalidad de sus habitantes, y cual payo que ve por vez primera las grandezas de la capital ó de la villa, empecé á mirar atónito y á observar atento los diversos estados, clases y condiciones de la sociedad en que soñaba vivir. Monos elegantes y monas coquetas, militares monos, monos logreros, monos agiotistas, monos diputados, un mono ministro, un senador mono, y qué se yo que mas; pero nadie fijó mi atencion mas profundamente que un monito diplomático, que sin curarse de mi llegada, peroraba gangoso y estirado, con las manos cruzadas sobre las cade-ras y en medio de un corrillo de taciturnos oyentes, que hubo de recordarme las alacenas de libros del Portal en dias de sesiones estraordinarias.

Era el mono delgadito y ruin de cuerpo, usaba anteojos sobre la remilgada nariz, y un gracioso peluquin sobre la calva cabeza; pero dejando descubierto gran trecho de la parte anterior del cráneo, á fin de que los no muy duchos en esto de peluquería y craneoscopia, creyeran ver en su espaciosa frente el signo infalible de una asombrosa inteligencia: contrastaban singularmente sus negras patillas, con su blanca apretada corbata y con sus dos chalecos de muy diferentes colores; revelaba su frac la diestra tijera de Cussac ó de Vangool, y oprimian sus angostos pantalones á dos fementidas piernas que terminaban en dos puntiagudas botas de charol.

„El memorandum del Lord Aberdeen,” decia, revela á los menos prácticos en los senderos de la ciencia, las prolongadas miras del gabinete de San James. La magestad del celeste emperador habrá de conceder un humillante *exequatur* á las credenciales del embajador británico, en tanto que el gobierno del Reino Unido, se coloca al frente de los que sostienen el *statu quo* de la paz europea y del equilibrio universal. ¿Y á qué pensais que *atribuirse debe* (1) la diferencia de ambas situaciones, aceptadas *respective* por ambos países? Mi espíritu observativo me ha hecho penetrar la causa, que no es otra sino que los ingleses beben rom y los chinos mascan ópío; porque se-

(1) *Hesperiam* imitando, *lectoremque* aburriendo. —(Nota del narrador.)

gun la opinion de un célebre químico francés, llamado Mr. Guizot, en su historia de la revolucion inglesa, el *opium* produce aletargamiento en el espíritu y embota á la larga todas las facultades, en tanto que el rom, segun el difunto Tayllerand, que era hombre muy entendido y bien guisado en el comercio de abarrotes, es el licor mas espirituoso, y por consecuencia mas favorable al espíritu.... De mucho me servirán aquella esperiencia práctica y estotras teorías para cuando me nombren diputado al quinto congreso constituyente que hemos de tener aun, y entónces piense esplayar mis ideas en un luminoso discurso, cuyo encabezamiento será; *tabula salvationis reipublicae monicae!*

Aquí descansó un momento el orador, tomó un polvo, y cobrando nuevo aliento, continuó diciéndonos como habia creído hallar en el gobierno de la Sublime Puerta y en las costumbres de los turcos, el prototipo de un buen gobierno y de unas buenas costumbres, adaptables á su patria, y en fin, de una civilizacion flamante acerca de la cual no habia podido tomar noticias muy pormenorizadas, cual deseaba, por el poco tiempo que estuvo de embajador cerca del Gran Sultan, quien celoso de él por la pasion violenta que habia inspirado á la sultana favorita, hizo que su gobierno le nombrase un sucesor. Hablónos de cómo bailó un wals alemán con una princesa de alto coturno en las bodas de la reina Victoria, á las que asistió como ministro de su nacion; de cómo besó los piés á su Santidad reinante, cerca de quien llevaba una mision tan secreta, que creo ni él mismo la sabia, ni la supo jamas el Pontífice; y en fin, de tantas cosas nos habló, que sordo, aturdido y desesperado maldije una, ciento y mil veces á todo diplomático mono, tan ridiculo y despreciable, como es digno de loa y estima el hábil y juicioso que representando dignamente á su país, obtiene en su favor ventajas mercantiles ó políticas, le evita guerras desastrosas, le hace temer y respetar acaso nada mas que con el auxilio de su propio talento, é incli-

na, en fin, á la humanidad á creer en la bellísima teoría de una paz universal y perpetua.

Afortunadamente, empero, para los que oíamos, aprovechando un estornudo del orador, interrumpióle otro mono aspirante á diplomático, que habia estado de *attaché* en diferentes legaciones. A juzgar por su esterior parisiense, sus pantalones de pliegues, su *palle-teau* de color de ceniza de tabaco de la Habana, su lente y sus bigotillos, el mozo prometia largas esperanzas, y nos complaciamos todos en creer que la lid que se entablaba entre ambos campeones, daria materia abundante con que disipar el mal humor que el primer parlante nos habia inspirado; mas fué tan en *crescendo* el altercado por el amor propio ofendido del diplomático, y por la osadía del aspirante, que para evitar, si acababa la disputa en pescozones, el recibir alguno estraviado, retireme á bastante distancia, desde donde oia solamente el rumor de las voces sin percibir el sentido de ellas. Sacóme de mi estupor un pistoletazo, que creí disparado por alguno de los contendientes diplomáticos, y no lo fué sino por el hábil monito *brevété*, que habiendo llegado á la conclusion de sus monerías, daba á los concurrentes con la última, que era la pistola disparada, la señal de despejar el puesto para que le ocuparan nuevos espectadores. Aun medio soñoliento salí á la calle, en donde el aire libre refrescando mis ideas, me trajo á la memoria mi ensueño de hombre dispierto. Y bien, dije para mis adentros, ¿no hallas gran analogía entre unos y otros? ¿quién es la transicion que querias averiguar? ¿quiénes son los hombres, y quienes los monos, Señor Zóologo? Y respondime á mí mismo, tambien aparte, como en comedia antigua, que unos son monos vestidos de hombres, y otros hombres vestidos de monos; pero que á pesar de todo y siguiendo la opinion de Boileau, el mas tonto de todos los animales es, en mi humilde concepto, el hombre, y de los hombres, el mono diplomático.

JUAN SOPLILLO.